La Buena Nueva

Marcos abre su evangelio diciendo:

Comienzo de la Buena Nueva de Jesús Cristo Hijo de Dios.

La Buena Nueva, el Evangelio, es que viene un hombre, Jesús de Nazaret, un hombre al que Dios ha ungido con su Espíritu, un hombre que es el Hijo de Dios. La Buena Nueva es que, en Jesucristo, Dios, en la Persona del Hijo, ha venido al mundo. Así, el que es el Unigénito de Dios desde toda la eternidad es, ahora, también Hijo de María: verdadero Dios y verdadero Hombre.

Que Jesús sea "la" Buena Nueva significa que, hasta su Venida, no había en el mundo nada verdaderamente bueno ni nada verdaderamente nuevo. El Qohélet lo expresa de forma rotunda en las conclusiones de su investigación que sitúa al comienzo de su libro:

Qo 1,1 *Palabras de Qohélet, hijo de David, rey en Jerusalén.*
¡Vanidad de vanidades! —dice Qohélet—, ¡vanidad de vanidades, todo es vanidad!
¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?
Una generación va, otra generación viene; pero la tierra es siempre la misma.
Sale el sol y el sol se pone; corre hacia su lugar y allí vuelve a salir.
Sopla hacia el sur el viento y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve el viento a girar.
Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van, allá vuelven a fluir.
Todas las cosas dan fastidio. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír.
Lo que fue, eso será; lo que se hizo, ese se hará. Nada nuevo hay bajo el sol.

Si algo hay de que se diga: «Mira, eso sí que es nuevo», aun eso ya sucedía en los siglos que nos precedieron.
No hay recuerdo de los antiguos, como tampoco de los venideros quedará memoria en los que después vendrán.

Qohélet es un realista y contempla la historia, la vida del hombre y de la sociedad, con extraordinaria lucidez. Así comprueba la seriedad de la palabra que Dios dirigió al hombre a raíz del pecado del origen:

Gn 3,17 *Al hombre le dijo: «Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que Yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.»*

Desde el pecado del origen todo está marcado con el sello de la muerte. Si el hombre y su obra es *polvo* y está destinado al *polvo*, no se puede hablar seriamente de realidades valiosas, buenas, nuevas. La muerte mata incluso el recuerdo; por eso la pavorosa sentencia: *No hay recuerdo de los antiguos, como tampoco de los venideros quedará memoria en los que después vendrán.* Es la muerte definitiva. La muerte que se alza siempre con la victoria.

El cambio radical sucede cuando Dios viene a nuestro encuentro asumiendo la naturaleza humana en Jesús. La creación y todo lo humano queda transformado. Jesucristo se une, en cierto modo, a todo hombre. Ahora Dios a nuestro encuentro en cada persona y en todas las circunstancias de la vida. Ahora el trabajo y la familia son lugares donde Dios viene a buscarme, donde me encuentro con Él; tareas que puedo ofrecerle como un sacrificio de alabanza.

Los caminos del hombre que, hasta la venida del Hijo de Dios,

conducían a la muerte y al olvido, se han convertido en caminos divinos en la tierra, en caminos que conducen a la plenitud de vida de la Familia de Dios. Ahora todo tiene sentido, hasta el sufrimiento y la muerte, porque nadie sufre solo ni nadie muere solo. Es el misterio de la compasión de Dios: Dios no puede padecer, pero sí puede compadecer; puede padecer con el hombre. Es lo que ha hecho en Cristo.

La muerte ha sido derrotada; ha terminado la maldición del olvido. En Jesús, Dios se ha acordado de cada uno de nosotros y no nos olvidará jamás; nada bueno quedará atrás; todo es nuevo, con la novedad de la vida que viene de Dios. ¡Qué Buena Noticia!

Algunas conclusiones:

1.– El Evangelio no es un libro, ni una filosofía, ni una ideología; no puede deducirse a partir de lo creado como una manifestación más de la religiosidad natural del hombre, ni vivirse desde la lectura de un texto. El cristianismo es un encuentro. Un encuentro personal: el encuentro entre Jesucristo y cada uno. Ser cristiano es vivir desde ese encuentro. Y anunciarlo. El anuncio no es una técnica de comunicación, es un testimonio personal de vida: "Por pura gracia me he encontrado con Dios en Jesús de Nazaret, ¿quieres que te hable de Él?" Ésa es la misión que Dios ha encargado a los padres cristianos.

2.– En Jesús, el Unigénito de Dios tiene rostro humano. Ahora, cuando Dios Padre nos mira ve, en cada uno de nosotros, los rasgos de su Hijo; aunque esos rasgos estén muy desfigurados por el pecado. Ser cristiano es soñar con ser transformados en Cristo, de tal manera, que el Padre pueda reconocer con claridad en nosotros a su Hijo encarnado. Por eso la acción del Espíritu Santo. Ésa es toda la moral personal cristiana.

3.– Lo verdaderamente valioso a los ojos de Dios Creador es el

rostro humano; cada rostro, aunque todavía no esté completamente formado o se presente desfigurado por la enfermedad. Las galaxias, los sistemas políticos y económicos, las maravillas de la técnica, nada de eso vale a los ojos de Dios lo que una una sola persona. Éste es el núcleo de la moral social cristiana.